

# INTERIORES

*A Jorge Montes,  
por tu amor de amigo.*

## PERSONAJES

CARLA

MARÍA (hija de Carla)

CARLA (hija de María)

FERNANDO (exmarido de María)

MIGUEL (marido de la joven Carla)

SANTIAGO (padre de Miguel)

*Interiores* se estrenó el 17 de marzo de 2008 en la sala Manuel de Falla, de la Sociedad General de Autores, con el siguiente reparto:

## INTÉRPRETES

CARLA: Ana Lucía Villate

MARÍA: Ana Chavarri

CARLA: Alicia Muñoz

FERNANDO: Tomás del Estal

MIGUEL: Juan Rivera.

SANTIAGO: Kile Guaza

DIRECCIÓN

Marta Álvarez

PRODUCCIÓN

Robert Muro

## ACTO I

*Década de mil novecientos sesenta. Comedor de una buhardilla. Adornos navideños y un belén. En medio del escenario una mesa y dos sillas. Carla está sola, doblando manteles y servilletas recién planchados que va apilando en una cesta. Tiene cincuenta años. Está vestida y maquillada como para una fiesta, lleva medias de cristal y zapatos de tacón de aguja. Se dirige a un imaginario espejo colgado en la pared, entre el comedor y el público, y se revisa con coquetería. Mira el reloj. Va al fondo del comedor, toma una tercera silla y la coloca junto a las otras dos, alrededor de la mesa. Contempla las tres sillas y de nuevo dobla ropa. Con gesto cómico, se coloca uno de los manteles sobre los hombros, figurando una capa, y una servilleta en la cabeza.*

CARLA.- (*Afectadamente.*) Avisad a la doncella para que venga a vestirme. Que los criados sirvan las viandas. No saquéis brillo a mi corona en este instante, ya lo haréis mientras vuestra reina descansa. Mejor llamadme vuestra majestad.

*Entrecajas alguien grita: ¡Mamá! Carla se quita velozmente el mantel y la servilleta de la cabeza. Toma la tercera silla que había colocado alrededor de la mesa y la sitúa al fondo del comedor. Vuelve a ordenar mantelerías. Entra María. Es una niña con coletas. Trae en la mano un peinador, un bolso neceser y una rebeca. Lo arroja todo sobre la mesa.*

MARÍA.- (*Enfadada.*) Sólo tenemos pan duro.

CARLA.- Es pan de ayer. Sobró y hay que comérselo. Tirar comida es pecado.

MARÍA.- Siempre sobra. Si solamente compraras lo que necesitamos no comeríamos pan duro todos los días.

CARLA.- Me gusta tener reservas. ¿Y si un día bajamos a la tienda y se ha terminado el pan?

MARÍA.- Eso ya no sucede, no seas antigua. (*Carla le pone la rebeca y la obliga a sentarse.*) No estés triste.

CARLA.- No estoy triste.

MARÍA.- ¿Eres feliz?

CARLA.- Claro, hoy cumples once años.

MARÍA.- Y es nochevieja.

CARLA.- Feliz mil novecientos sesenta y uno. Cuando yo era pequeña, como tú, soñaba con ser pájaro.

MARÍA.- No soy pequeña. Yo ya soy mayor. ¿Puedo probarme tus tacones?

*María, fingiendo llevar tacones, se aproxima al espejo y se mira. Carla la toma por un brazo y la sienta, le coloca el peinador y comienza a hacerle trenzas. Mientras su madre la peina, la niña saca del neceser un esmalte de uñas y se pinta.*

CARLA.- Vivíamos lejos de la plaza del pueblo. Nuestra calle era estrecha, y desde la ventana sólo se divisaba la pared de los vecinos. Papá no me permitía jugar en la calle, ¿una niña de buena reputación como tú? Leía libros encerrada en casa, me asomaba a la ventana y me topaba con aquel muro de piedra. Cuando íbamos a la iglesia o a visitar al médico y contemplaba una bandada de pájaros surcando el aire, desplazándose a su antojo de un sitio a otro, me entristecía haber nacido mujer en vez de pájaro. Qué dicha batir las alas, conocer lugares extraordinarios y gentes, poder hablar con extraños, bañarme en ríos remotos, ascender por las montañas... *(Pausa.)* Un día planeé fugarme a la ciudad. Tenía dieciocho años. Ya no era una niña de buena reputación, sino una joven casadera que no podía dar lugar a murmuraciones, siempre encarcelada en casa, con la única compañía de mis libros. Mi padre estaba en el trabajo. Mi madre había salido. Yo tenía preparada la maleta, escondida debajo de la cama, la tomé y salí a la calle, hacia el autobús de línea. Temblaba de expectación, iba a conocer el mundo, sería libre. No subí al autocar, me quedé en la esquina, observando la parada. Sentí miedo. ¿Sería capaz de administrar mi propia vida? Regresé a casa, deshice la maleta y me acosté. Aquella noche no quise cenar. Durante un tiempo dejé de tener sueños, nadie se percató. *(Pausa.)* Cuando papá

enfermó vinimos a vivir a la ciudad. Era maravilloso, coches, tranvías, riadas de gente, ruido, tiendas... Yo ya tenía veinticuatro años. Me gustaba ir al trabajo, era el único momento en que podía conversar con otros seres humanos sin tener que preocuparme de que alguna amenaza cayera sobre mi honra. Era la dependienta más eficiente de todas, luego regresaba a casa y la vida continuaba siendo una prisión. En la ciudad, mi ventana también estaba situada enfrente de la pared del edificio contiguo. Sólo veía ladrillos, no se divisaba el cielo. Creí que casándome escaparía de aquella falta de movimiento, de ese letargo que devoraba mis días. A veces pienso que mi vida no ha sido más que un muro frente a mí. Nadie ama el espacio y el aire como yo. Dios se equivocó conmigo, yo debería haber nacido pájaro. *(Ha terminado de peinar a María. Se percata de que la niña se ha pintado las uñas con su esmalte. Se lo arrebató.)* ¿Qué haces?

MARÍA.- Déjame, ya soy mayor. *(Pausa.)* No estés triste.

CARLA.- No estoy triste, soy feliz, hoy cumplies once años. *(Entrega a su hija el peinador y el neceser para que se lo lleve.)* El dinero que te ha regalado esta mañana la señora Enriqueta se lo devuelves. Tú no lo entiendes porque eres una niña, pero no es un regalo, sino una forma de humillarnos y de llamarnos mendigas.

*María sale. Carla vuelve a contemplarse en el espejo con coquetería. Mira su reloj de pulsera. María regresa al comedor, pero no se aproxima a su madre; se queda al fondo de la sala, escondida en la oscuridad, observándola sin que ella se percate. Carla coloca nuevamente una tercera silla alrededor de la mesa, la observa unos instantes y vuelve a retirarla. Dobla otra mantelería. Mientras lo hace aparece María.*

MARÍA.- ¿Te gustaría que estuviera él?

CARLA.- ¿Quién?

MARÍA.- Papá.

CARLA.- ¿Por qué dices eso?

MARÍA.- Te gustaría que estuviera él.

CARLA.- No.

MARÍA.- Le echas de menos.

CARLA.- No.

MARÍA.- ¿Nunca?

CARLA.- ¿Le echas de menos tú?

MARÍA.- No regresará.

CARLA.- ¿Tú quieres que regrese?

MARÍA.- Vivimos mejor sin él. Cuando él estaba delante temblabas, se te caían las cosas de las manos, se te quemaba la comida y hablabas como si fueras tartamuda.

CARLA.- (*Incomodada.*) La palabra mujer rima con complacer, con satisfacer, con acceder, con deber... Las tías y mamá me repetían que era una hermosa misión, esposa y madre. Yo soy torpe con la casa, no cocino como la prima Laura, ni soy rápida limpiando... A los hombres les gusta sentirse bien atendidos. (*Pausa.*) Puede que él tuviera razón al regañarme.

MARÍA.- ¡No tenía razón! Nuestra casa es muy bonita, las cortinas hacen juego con los tapetes, y las colchas con tus faldas.

CARLA.- Mi jefe también pensaba que yo tenía buen gusto decorando. Cuando llegaba la ropa de la nueva temporada siempre dejaba que yo organizara los escaparates. Vestir a los maniqués, atender a las clientas... Las otras dependientas se quejaban, tantas horas de pie, pero yo adoraba despachar. Podía hablar con todas las señoras que venían a comprar.

MARÍA.- Compraré unos grandes almacenes y tú serás de nuevo dependienta.

CARLA.- Verme obligada a abandonar el trabajo por haberme casado fue... ¿Por qué a una mujer casada no le está permitido trabajar?

MARÍA.- Serás mi dependienta y trabajaremos siempre, las fiestas y los domingos también.

CARLA.- Dejé el trabajo porque él apareció. Ahora él ha desaparecido.

MARÍA.- Sin él estás más guapa, te pintas y te pones tus vestidos. Cuando él estaba aquí ni siquiera te peinabas.

CARLA.- A lo mejor se marchó porque ya no me arreglaba. Planchar, fregar, comprar... resulta tan complicado encontrar tiempo para ser persona. A los hombres les gusta sentir orgullo de la mujer que tienen a su lado. Yo soy consciente de que me descuidé.

MARÍA.- (*Se tapa los oídos.*) No hables de él.

CARLA.- Esperas un amor como el que existe en tus cuentos de hadas, pero no llega.

MARÍA.- En mis cuentos el príncipe sí llega, la princesa sólo tiene que esperarlo.

CARLA.- Volveré a trabajar. Ahora que nos hemos quedado las dos solas estoy obligada a hacerlo. En la tienda ya no me querrán, ya no soy joven...

MARÍA.- Trabajarás en mis grandes almacenes y serás mi dependienta preferida. Habrá muchos escaparates, para que puedas divertirte decorándolos.

CARLA.- ...asistentita solamente si no queda más remedio.

MARÍA.- Esta noche, cuando nos acostemos, te haré trenzas.

CARLA.- Ya no hace falta que duermas en mi cama, ya no me siento tan sola como al principio.

MARÍA.- Nunca has estado sola, yo estoy contigo. Somos novias.

CARLA.- Ya estoy acostumbrada, de verdad, ya no se me hace la cama tan grande ni tan helada cuando me meto en ella cada noche.

MARÍA.- Desde que él se marchó tú y yo hemos sido novias, ¡y sigo siendo tu novia! Esta noche también dormiré contigo.

CARLA.- Como quieras. (*Signe doblando manteles. Descubre que su hija está maquillándose.*) ¿Qué haces?

MARÍA.- Ya soy mayor, me pinto como tú, así pareceremos más novias.

CARLA.- (*Le quita el maquillaje y el bolso.*) No hagas eso.

MARÍA.- Déjame, es nochevieja. (*Continúa maquillándose.*)

CARLA.- El otro día, en el mercado, me encontré con una persona. Un amigo.

MARÍA.- ¿Quién?

CARLA.- Un viejo amigo al que no veía hace muchísimos años. Sus padres eran vecinos de mis padres, en el pueblo. Cuando yo era una cría, como tú, él...

MARÍA.- No soy una cría, tengo once años. ¿Dejarás que me pruebe tu carmín?

CARLA.- Este... amigo del que te hablo, cuando éramos pequeños y mi madre me mandaba a los recados, él me ayudaba a cargar la lechera y a traer el pan, en secreto, claro, mis padres no permitían que yo hablara con nadie, y mucho menos acercarme a un chico.

MARÍA.- ¿Le gustabas?

CARLA.- Por Dios, éramos críos. Él era un niño solícito, ayudaba a todo el mundo. Luego sus padres emigraron y no volví a saber nada de él. Y ahora resulta que vive en nuestro barrio. Trabaja en un ministerio de contable. Se colocó en una zapatería para ayudar a sus padres y al mismo tiempo estudiaba por la noche. Luego empezó a preparar la oposición. Y no se ha casado.

MARÍA.- Es mucho más divertido ser dependienta que trabajar en un



ministerio, allí no puedes hablar con las señoras que vienen a comprar. Seguro que no se casó porque era feo y nadie le quería.

CARLA.- (*Enfadada.*) Lo importante de la gente está por dentro. Él es buena persona.

MARÍA.- ¡Era feo! Feo. Feeeo. (*Descubriendo el broche que lleva puesto su madre.*) ¿Puedo ponerme tu broche?

CARLA.- No es propio de niñas.

MARÍA.- Es nochevieja. Además ya soy mayor.

CARLA.- (*Poniéndole a María su broche.*) Este amigo al que me refiero. Le he hablado de ti y quiere conocerte.

MARÍA.- ¿Cuándo le has visto?

CARLA.- Eso no importa, quiere conocerte y...

MARÍA.- ¡Yo no quiero conocerle a él!

CARLA.- Quiere darte un regalo. Le conté que era tu cumpleaños y te ha comprado un juguete.

MARÍA.- No lo quiero.

CARLA.- Habíamos pensado que te lo trajera hoy, que viniera un rato antes de la cena. Y si no tiene a nadie con quien cenar, como es nochevieja, para no quedarse solo, a lo mejor podría quedarse a cenar en casa. ¡Te ha comprado una bicicleta!

MARÍA.- (*Llorando.*) No quiero que venga aquí.

CARLA.- Hacemos una cosa, bajamos a su casa a coger la bicicleta y nos volvemos. Si insiste en darnos pasteles y tú quieres nos quedamos con él a merendar, pero si tú no quieres nos volvemos corriendo, sólo coger la bicicleta y volvernos. Su casa está muy cerca.

MARÍA.- ¿Cómo sabes dónde vive? ¡No quiero la bicicleta!

CARLA.- (*A María.*) De acuerdo. (*Para ella.*) A lo mejor... Puede que esté precipitándome, hace sólo cinco meses que se marchó su padre. (*A María.*) Más adelante conocerás a mi amigo.

MARÍA.- No necesitamos a nadie. Somos novias.

CARLA.- Pero él es buena persona. No es como los otros hombres, es amable.

MARÍA.- Todos los hombres huelen a tabaco y a vino, su cara pincha, no llevan peinados bonitos como las chicas, no se pintan los ojos, tienen pies grandes y te pisan, y sus manos son ásperas, ¡y siempre hacen llorar!

CARLA.- Él es bueno, no es como papá. No nos hará llorar.

MARÍA.- Somos novias. No necesitamos a nadie.

CARLA.- A mí también me da miedo repetir los errores del pasado, pero él es diferente. Esta vez será distinto.

MARÍA.- (*Intensifica el llanto.*) He dormido contigo muchos días porque te sentías sola. Ninguna de las dos necesitamos un hombre. Somos novias.

CARLA.- (*Aturdida.*) Tienes que soplar las velas. Voy a buscar la tarta y las cerillas.

*Carla toma la cesta llena de manteles y servilletas y sale. María, mientras tanto, deja de llorar. Toma el bolso de su madre, del que saca un pintalabios, se aproxima al espejo como si caminara sobre tacones, y plantada frente a él deshace sus trenzas, dejando su pelo suelto. Se pinta los labios. Se desabrocha un botón de su vestido, insinuando un escote.*

MARÍA.- (*Hablándole al espejo.*) Ves como ya soy mayor.

*Reaparece Carla con una bata oscura y unas zapatillas. Camina lentamente y encorvada. Trae una tarta con dos velas con forma de número, tres y cero. Su pelo está recogido en un moño.*

CARLA.- He comprado las velas que te gustan. Color rojo.

MARÍA.- (*Mira las velas.*) No son treinta, mamá, cumplo treinta y uno.

CARLA.- ¿Cómo he podido equivocarme de esta forma? Es lo malo de envejecer, la memoria se te llena de agujeros.

MARÍA.- Es normal que te hayas despistado, el año pasado no pudimos celebrar mi cumpleaños, yo todavía estaba en Nueva York.

CARLA.- ¿Has venido desde el aeropuerto en taxi? No se te habrá ocurrido montarte en el coche de cualquiera, no quiero que le debamos favores a los extraños. (*Abrazo a un hijo sollozando.*) Un año y medio fuera de tu casa. No soy ni la sombra de la que fue a despedirte al aeropuerto. Mientras tú trabajabas por ahí creo que he comenzado a evaporarme.

MARÍA.- Yo te encuentro estupenda, te vales por ti misma, tienes autonomía. Podrías perfectamente vivir sola.

CARLA.- No digas disparates, son ya setenta y un veranos sobre mis espaldas.

MARÍA.- Tonterías, te vales por ti misma, eso es lo importante. Cuando tenga una hija quiero que sea exactamente como tú, fuerte e independiente.

CARLA.- Gracias a que vivimos las dos juntas no estoy en un asilo.

MARÍA.- No exageres, setenta y un años no son tantos. Perfectamente podrías vivir sola. Eres autónoma en todo, tan capaz.

CARLA.- (*Sollozando.*) Tenerte fuera de casa tanto tiempo. Ahora que regresas vuelvo a la vida. Ha sido tan espantoso este año y medio. No habíamos estado separadas ni un solo día desde que naciste. Pero ahora estás en casa, y volvemos a ser novias.

MARÍA.- Carla. Qué nombre tan bonito tienes. Cuando tenga una hija le pondré tu nombre, Carla.

CARLA.- (*Se dispone a encender las velas.*) Se me olvidaba la sopa. ¿Ves como soy una inválida sin ti? Me pongo a servir el postre antes de sacar la cena. Tu novia te ha preparado tu sopa favorita.

MARÍA.- No me trates como a una niña, tengo treinta y un años.

*Carla se levanta para ir a buscar la sopa.*

Esta mañana he alquilado un apartamento, mamá. Me marcho de casa. Necesito hacer mi vida, tienes que comprenderlo.

*Carla queda paralizada, vuelve a sentarse junto a su hija.*

CARLA.- Tu novia te ha comprado tu tarta favorita, de chocolate.

MARÍA.- Compórtate como una adulta. Baja a la realidad. (*Pausa.*) Probablemente me case en el verano. Antonio y yo lo hemos planificado todo en Nueva York. Ya conocerás a Antonio, te lo presentaré mañana mismo. Antonio también estaba destinado en Nueva York por su empresa. Él también tiene padres mayores. Hemos decidido que viviremos solos. Tú te vales por ti misma, cocinas, te desenvuelves... ¡Eres independiente! Por las tardes puedes ir al centro cívico a bailar, a jugar a las cartas, al teatro. No quiero que te anquileses en estas cuatro paredes ni te aisles, te conviene tratar con gente de tu edad. (*Se aproxima el espejo, se peina.*) ¿Por qué no llamas a aquel pretendiente tuyo, el contable del Ministerio? ¡Eduardo! Llama a Eduardo.

CARLA.- Se casó, hace diecisiete años.

MARÍA.- El centro cívico está lleno de viudos. Te llamaré todos los días para comprobar que acudes a relacionarte con gente de tu edad. No me mires con esa cara, si no te casaste con Eduardo fue porque no querías.

CARLA.- Una tarde estuve a punto de invitarle a subir a casa, mientras tú ibas a la catequesis. No me atreví. Tuve miedo de que te enteraras. Cuando te traje aquella bicicleta y tú saliste al balcón y la arrojaste a la calle...

MARÍA.- Cuando tenga una hija le pondré tu nombre, Carla.

CARLA.- Si por lo menos no te hubieras negado a conocer a Eduardo.

MARÍA.- No me responsabilices a mí de tus errores. Nunca te atreviste a nada. Ni siquiera te subiste a aquel autobús de línea que te hubiera liberado de la opresión de tus padres. Cada ser humano elige libremente. Tú elegiste, ahora elijo yo, elijo a Antonio, elijo ser feliz. (*Vuelve junto a su madre.*) Tienes que comprenderlo. Cuando tenga una hija le pondré tu nombre, Carla. Seguro que es una niña, ya verás. (*La luz comienza a bajar paulatinamente mientras María continúa hablándole a su madre. La voz de María también va bajando de tono gradualmente.*) No te faltará de nada. Me ocuparé de llamarte todos los días y comprobar que vas al centro cívico para relacionarte con amigos y...

OSCURO



## ACTO II

*Década de mil novecientos noventa. Comedor de un chalet. Decoración de apariencia japonesa. En el escenario una mesa y una silla. Entra María, con un ordenador portátil en la mano. Ahora tiene cuarenta y tres años. Conecta el ordenador. En otra pieza contigua, sobre un sofá, una niña habla por teléfono. Es Carla, la hija de María. Las dos conversan entre sí a través de la pared.*

MARÍA.- Carla, ¿has ordenado tu cuarto? ¡Carla! (*Carla no contesta. María escribe en el ordenador.*) Durante un tiempo acudí al psicólogo. No me produce ningún reparo decírtelo, ya ves, con la pantalla de un ordenador de intermediaria es fácil hablar de todo. En los confesionarios también colocan pantallas entre la oreja del sacerdote que escucha y la boca que descarga su conciencia. Con aquella psicóloga estuve casi un año. Dejé de visitarla por falta de dinero, la causa más común por la que suelen abandonarse las drogas. Mientras duró fue fantástico, ella escuchaba mientras yo me desahogaba. No podía protestar porque yo le volcara encima mi basura, no podía acusarme de acaparar toda la conversación. (*Pausa.*) ¿Sabes por qué dejé realmente de ir a su consulta? En realidad lo de la falta de dinero fue una excusa, podría haber solicitado un crédito para pagar sus consultas. Todo se estropeó a los once meses. Me escuchaba con tal atención, preocupándose tanto por lo que le contaba que llegué a sentir que yo le interesaba verdaderamente. ¿Quedamos cualquier tarde para tomar un café y conversamos? le dije al final de una consulta aproximándome a ella y agarrándole la mano, a mí también me gustaría saber de ti. Ella, muy estirada, muy profesional, me respondió, te confundís María, vos no sos mi amiga. Ahí me golpeó de lleno, me percaté de que lo que necesitaba verdaderamente eran amigos, que alguien te escuche por gusto y no porque estés pagándole, como decía mi tío Serafín cada vez que mi padre se marchaba de putas. Por eso estoy contenta de haberme incorporado a este chat, para tener amigos. Además, a través de la pantalla de este confesionario es más fácil hablar que cara a cara. Todo está inventado ya, qué listos que son los curas.

CARLA.- (*Habla por teléfono.*) No, tonta, por meterte la lengua en la boca no te va a pegar el SIDA. No me lo ha contado mi madre, lo sé por un folleto que me dieron unos pavos de una ONG. Con mi

madre no hablo de esos temas, sólo tengo once años, ella siempre me dice, tendremos una conversación sobre sexo a su debido tiempo, cuando cumplas diecinueve o veinte años, y con mi padre tampoco, él dice que esos son asuntos de mujeres y es mejor que los trates con tu madre.

MARÍA.- (*Observando su reloj de pulsera.*) ¡Carla! ¿Ha llamado tu padre?

CARLA.- Tengo que dejarte, Miriam. (*Cuelga el teléfono.*)

MARÍA.- ¿Con quien hablabas?

CARLA.- Con Miriam.

MARÍA.- Siempre pegada al teléfono. ¿Qué necesidad tenéis de tiraros todo el día colgadas de ese aparato?

CARLA.- Es Miriam quien ha hecho la llamada. No vas a pagarla tú, no te preocupes.

MARÍA.- Es un alivio saberlo, ya pago el crédito del chalet, las letras del coche, el préstamo de las vacaciones y del ordenador, el gimnasio, la piscina, el sueldo del jardinero...

CARLA.- Podríamos vivir en un piso en Madrid. Gastaríamos menos dinero.

MARÍA.- Tu abuela vivía en un piso en Madrid, nosotras hemos prosperado. La evolución nos obliga a superar a nuestros predecesores. ¿No ha llamado tu padre? Estamos a día tres y todavía no ha pagado tu pensión ni tus gastos. Para él somos dos ceros a la izquierda. (*Pausa.*) Es mi obligación informarte de que tu padre es un ser sin escrúpulos. Como hija suya que eres tienes derecho a saber la clase de calaña de la que ese hombre está hecho. (*Pausa.*) Llama ahora mismo al tacaño de tu padre y explícale que necesitas dinero.

CARLA.- No quiero.

MARÍA.- Es tu dinero, hija mía, si tú misma no defiendes tus derechos. Tu padre puede emplearlo en ti o gastárselo en revolcarse



con alguna pelandusca. No deberías dejar que una cualquiera te robe tu dinero.

CARLA.- (*Sollozando.*) No me obligues a llamarle.

MARÍA.- Cualquier cosa te acobarda. (*Despectivamente.*) Eres el vivo retrato de tu abuela. Cuando te miro me parece estar contemplándola a ella. (*Vuelve a volcar su atención en el ordenador.*)

CARLA.- (*Marca un número de teléfono.*) Miriam, perdóname por colgar, mi madre quería hablarme. Termina de contarme lo de Iván, ¿cuántas veces te ha metido la lengua en la boca? (*Escucha atenta.*) No sé qué voy a hacer en navidades, me gustaría ir a esquiar con mi padre, pero el año pasado mi madre no me dejó porque él no quiso subirme la pensión.

MARÍA.- (*Escribe en su ordenador.*) A mi marido nunca me atrevía contarle las fantasías que se me ocurrían para la cama. Me daba tanta vergüenza confesarle mis deseos. Pensará que soy tonta, me decía a mí misma, ¿y si se ríe de mí?, a lo mejor me llama perversa. ¿Cómo librate del yugo de tantos siglos de civilización para manifestar tu lado más animal? Con lo fácil que es hablar encubriéndose detrás de este ordenador. Podría escribirle hoy un email y contarle los juegos que imaginaba en aquel tiempo. Alucinaría. ¿Ahora, a los cuatro años de habernos separado? Si hubiéramos funcionado mejor en la cama él no habría comenzado a salir con otras. Recuerdo un tiempo en que nos compenetrábamos, muy al principio, los dos nos encendíamos con sólo mirar al otro. Él se tiraba en plancha sobre mí y yo le recibía. Y asunto concluido, sin necesidad de complicarse la existencia hablando, sin tener que pasar por el apuro de contarle al otro que esto lo prefiero así y lo otro así. ¿Verdaderamente nos separamos por eso? De todos modos hubiéramos debido jugar. No tengo orgasmos con facilidad, a ti, que acabas de contarme que eres frígida, no me da ningún apuro revelártelo. No soy como esas mujeres de las películas, las veo y me muero de envidia, qué suerte, qué habilidad para llegar a... Así si que se puede alargar un matrimonio hasta la eternidad. Qué manía los hombres, siempre empeñados en que tú te corras primero. Algo falla en mí. Antonio se marchó. Fernando también se ha ido. Antonio nunca quiso tener hijos, con Fernando si tuve una niña, se llama Carla y tiene doce años.

CARLA.- ¿Leticia?, te escucho mal, no hay cobertura.

VOZ DE FERNANDO.- Hija, tengo que darte una noticia, me gustaría intentarlo de nuevo con tu madre, volver a vivir juntos. ¿A ti te gustaría que papá regresara con vosotras?

CARLA.- Me encantaría, papá.

VOZ DE FERNANDO.- Tu madre todavía no sabe nada sobre mis intenciones, tendría que pedirle su opinión, pero antes deseaba hablar contigo, debo preguntarte algo. Necesito que seas sincera. Desde que yo no vivo con vosotras... ¿tu madre ha llevado a otros hombres a casa?

CARLA.- *(No contesta a su padre. Marca un número de teléfono.)* Soy yo de nuevo. Estábamos hablando del marrano de Paco, ¿de verdad se hizo una paja dentro de la piscina?

MARÍA.- *(Escribe en su ordenador.)* Estimado Camilo, yo tengo una hija de catorce años, se llama Carla. Tenemos una relación extraordinaria, vamos juntas a hacer la compra de la semana, compramos juntas sus libros escolares, los regalos de navidad, los de reyes, compramos juntas los regalos de cumpleaños de sus amigos...

CARLA.- No sé si puedes quedarte embarazada bañándote en una piscina en la que se han corrido, en la clase de educación sexual solamente nos enseñan que los ovarios están al lado de los riñones y la vagina al lado de la uretra. Pregúntalo en Internet, alguien te contestará. Ya no me gusta Jorge, ahora me gusta Luis, el socorrista. No puedo apuntarme a la piscina para ver a Luis, estoy demasiado gorda. Me moriría de vergüenza si él me viera en bikini. No somos como las tías de los anuncios, somos unas fracasadas.

MARÍA.- *(Escribe en su ordenador.)* Estimado Mariano, tengo una hija de quince años. Converso mucho con ella, cómo van tus estudios, ¿has hecho los deberes?, ¿te hace falta algún libro?, ¿necesitas ropa o zapatos?, ¿qué quieres merendar?... Hay una confianza total entre nosotras. Lo que nunca se me ocurre es preguntarle por sus cosas íntimas, eso deben hacerlo sus amigas, los padres no podemos pretender ser amigos de nuestros hijos, lo dicen los psicólogos y los

educadores, mantener la debida distancia, eso es lo que recomiendan. (Pausa.) ¿Preguntarle a mi hija si es feliz? ¿Por qué voy a preguntárselo? Claro que será feliz, le compro todo lo que se le antoja. (Pausa.) ¿Por qué resultará tan sumamente difícil hablarle a tus propios hijos? Cuando son pequeños todo funciona, les amamantas, les cambias los pañales, les sacas de paseo o al zoológico y eres la madre más cojonuda del mundo. Pero conversar con ellos... ¿Cómo podría preguntarle a mi hija por su vida amorosa o por sus relaciones en el instituto? ¿Y si ella me devuelve el boogmeran y me lo pregunta a mí? ¿Cómo marchan tus problemas en el trabajo, mamá?, ¿y tu vida sentimental? ¡Carla..!

CARLA.- Luego te llamo, Nuria. (Cuelga el teléfono.)

MARÍA.- He pensado que este verano te voy a dar permiso para marcharte de vacaciones con tus amigas. Podréis ir vosotras solas. Ya tienes dieciséis años. Tu padre no estará de acuerdo, pero yo te doy permiso, no soy tan antigua como él, yo te trato mejor, como a una a-dul-ta. (Pausa.) Hija, tu padre ha solicitado el divorcio y quiere tu custodia. Pretende que tú vivas con él en esta casa y que me marche yo. (Solloza.) Me llevará a juicio para quitármelo todo. Tu prefieres que seamos nosotras dos quienes vivamos aquí, ¿verdad? Tendrás que decirle al juez que quieres vivir conmigo.

CARLA.- No quiero hablar en un juicio.

MARÍA.- Cariño, un adulto debe hacer determinadas cosas aunque le desagraden. Tienes que tomar partido. En la vida no se puede ser neutral.

CARLA.- ¿Por qué me hacéis elegir?

MARÍA.- (Escribe en su ordenador.) Amaba tanto a mi primer marido que el pánico a perderle no me dejaba vivir. No permitía que se relacionase con ninguna otra persona. Quería llenar cada segundo de su tiempo. Bebérmelo. Completamente mío. Sólo mío. Vivía en alerta, aguardando su llegada del trabajo. Cada segundo que él se retrasaba era un calvario, ¿y si no regresa nunca más? Era tan guapo, un hombre tan importante. Me sentía inferior a él, pensaba que no lo merecía, que yo era fea, y gorda, me encontraba plagada de

defectos. Estaba enferma de amor, desquiciada por los celos. Con mi segundo marido, sin embargo, fue distinto. Yo no amaba, era la amada. No tenía miedo a perderlo, ¿por qué?, no me importaba. Viví unos placenteros años de tranquilidad. El desamor está hueco, pero te garantiza la paz. Jamás repetiría la experiencia que tuve con Antonio, prefiero ser un cadáver a estar tan insufriblemente viva.

CARLA.- (*Llama por teléfono.*) ¿Cris?, he visto tu mensaje, no te gusta Mario, que está colgado de ti, pero te gusta Javier, que no te hace caso. No eres rara, a todas nos ocurre. Voy a leerte lo que dice Mis Mundo 1998 en una entrevista. (*Lee una revista.*) El secreto para seducir a un hombre está en parecer inconquistable, así los hombres entran en una especie de competición con ellos mismos, porque su naturaleza es conquistar”. Eso puede decirlo ella, que pesa cuarenta y ocho kilos. Laura le ha pedido a Jose que la acompañe a la fiesta para darle celos a Fran. No tía, no se ha equivocado de camino, ¿por qué confesarle a Jose que le gusta? En la vida, ser sincera es un error.

MARÍA.- (*Se pone en pie y le habla al vacío.*) Claro que amo el dinero, nacemos para anhelar y poseer. Tu sosiego interior es espantoso. Me hace tan desgraciada comprobar que tú te sientes realizado sentándote a contemplar un atardecer. Tienes las manos vacías y eres feliz. ¡Verte feliz no me deja ser feliz!

CARLA.- (*Habla por teléfono.*) ¿Marta?, soy Carla. Gracias por acordarte de mi cumpleaños. Dieciocho años. Me siento desconcertada, la gente dice que ya soy responsable de mis actos, pero yo no comprendo qué es lo que esperan de mí y cómo debo actuar. (*Pausa.*) Pues no, no he observado ninguna transformación dentro de mí. Yo también esperaba que al volverme mayor de edad mi cuerpo cambiaría, pero yo me siento igual. Mi cuerpo no ha notado absolutamente nada. (*Cuelga el teléfono.*)

VOZ DE FERNANDO.- Hija, no soy importante para ti, sólo piensas en tus amigas y en ir a la discoteca. Nunca me llamas. Me quieres menos que a tu madre.

CARLA.- Hablamos por teléfono todos los días.

VOZ DE FERNANDO.- Para pedirme dinero.

CARLA.- Es mamá quien te pide dinero en nombre mío.

VOZ DE FERNANDO.- No me llamaste para mi cumpleaños ni...

CARLA.- El día de tu cumpleaños fui la primera en felicitarte.

VOZ DE FERNANDO.- Estoy tan solo. Carmen quería que nos casáramos y yo le dije que no pensando en ti.

CARLA.- Hubiera sido estupendo, Carmen es extraordinaria.

VOZ DE FERNANDO.- Rompí con Carmen por ti, le dije: mi hija es lo primero para mí, no quiero arriesgarme a tener un hijo contigo y que Carla pueda llegar a pensar que tiene que compartir mi cariño con ese nuevo niño.

CARLA.- Carmen te hubiera hecho muy feliz. Intenta recuperarla.

VOZ DE FERNANDO.- Me sacrificué por ti y ahora no recojo nada.

CARLA.- ¡Yo nunca te pedí que hicieras eso!

VOZ DE FERNANDO.- Pero necesitabas que lo hiciera. *(Pausa.)* Eres la viva imagen de tu abuela. En mi familia todos somos rubios de ojos claros. Hubiera preferido que tú te parecieras a nosotros. ¿Si pudieses elegir habrías escogido parecerte a nosotros?

CARLA.- *(Llama por teléfono.)* Ruth, soy yo, ¿qué querías contarme? ¿Cómo puede gustarte el profe de Historia, tía? ¿Sabes de quien me acuerdo yo últimamente?, de la maestra que tuvimos en primaria, la que nos atizaba con la regla. No soy masoca, ya sé que todas la odiabais, pero ella te decía lo que no debías hacer y lo que te convenía. Te daba normas. Te guiaba, ¿comprendes? Nadie te enseña a no equivocarte. *(Cuelga.)*

MARÍA.- *(Dirigiéndose a su hija.)* No concibo tu actitud, no colaboras conmigo, me tratas como si fuera tu enemiga. Soy tu madre.

CARLA.- *(Con fastidio.)* Sí, mamá.

MARÍA.- ¿Por qué has roto con Carlos?, era formal y tenía porvenir. Sus padres tienen una empresa y tú rompés con él para salir con el mugroso ese que el otro día me trajiste a casa.

CARLA.- No insultes a Miguel.

MARÍA.- Tengo derecho a opinar, eres mi hija. Tu vida es una extensión de la mía, mi propio éxito depende de tu éxito. (*Vuelve a escribir en su ordenador.*)

VOZ DE FERNANDO.- Hija, no puedo traerte a vivir conmigo. Entiendo que no soportes al individuo que vive con tu madre, pero ahora no puedo hacerme cargo de ti.

CARLA.- Compraste tu nueva casa con dos habitaciones para que yo tuviera mi propio dormitorio, dijiste que también era mi casa.

VOZ DE FERNANDO.- Claro que es tu casa, tienes tu habitación, tu cama, tu mesa de trabajo, tu televisor... Muchos fines de semana te quedas a dormir.

CARLA.- No te estorbaré, papá, no tendrás que limpiar ni cocinar para mí.

VOZ DE FERNANDO.- Aguarda unos años más.

CARLA.- Lo necesito ahora. Aborrezco a ese individuo, es un manipulador y ha transformado a mamá. Siento chispas eléctricas cuando está cerca de mí.

VOZ DE FERNANDO.- Si se atreve a hacerte daño le parto la cabeza.

CARLA.- Llévame a vivir contigo.

VOZ DE FERNANDO.- Más adelante.

CARLA.- (*Llama por teléfono.*) Hola, Mónica, soy yo. Sí, se lo pedí a mi padre, pero no quiere llevarme a vivir con él. Podría dejar de estudiar y ponerme a trabajar de camarera para pagarme un apartamento...

MARÍA.- (*Apaga el ordenador y se dispone a salir de escena.*) ¡Carla!

CARLA.- Luego te llamo. (*Cuelga el teléfono.*)

MARÍA.- Todo el día colgada del teléfono ¿Qué necesidad tenéis de contaros absolutamente todo cuanto os sucede?

OSCURO





## ACTO III

*Salón comedor de un pequeño apartamento. Miguel, de veintiocho años, aparece empujando un cochecito de bebé.*

MIGUEL.- Carla, cuando regreses de rehabilitación acuérdate de pasar por la farmacia y... ¿Carla? (*Le habla al bebé.*) Mamá no escucha, ya se ha marchado. Estamos los dos solos. (*Lejos, suena el bramido de un tren.*) Duerme, cariño. Todavía no puedo llamarte por tu nombre, como no tienes nombre. Pensábamos que serías una niña y habíamos decidido que te llamaras Carla, como tu madre y tu bisabuela. La ecografía refleja que será una niña. Y mira de repente qué sorpresa, un caballere. A tu madre se le ha ocurrido que te llames Santiago. ¡Nunca! Santiago es el nombre de mi padre. Tú no puedes entender mi negativa, no sabes que yo no me hablo con tu... con mi padre. Me figuro que tu madre, que es un ser adorable, ha sugerido lo de Santiago a propósito, para generar entre nosotros la posibilidad de una reconciliación, pero no hay una posible reconciliación entre ese hombre y yo. ¡No te llamarás Santiago! ¡Papá, entérate, mi hijo no llevará tu nombre! Duerme cariño, ya sé que el salón no es el sitio más idóneo para acunarte, son los inconvenientes de vivir en un apartamento...

*Santiago, el padre de Miguel, aparece en el escenario.*

...pero pronto compraremos una casa más grande para ti, ahorraremos, nos sacrificaremos para darte lo que te mereces.

SANTIAGO.- Así empezamos todos, modificando nuestra vida por nuestros hijos.

MIGUEL.- (*Espantado.*) ¡Papá! ¿Qué haces aquí?

SANTIAGO.- Tú me has invocado. Soy un producto de tu propia mente.

MIGUEL.- (*Le toca.*) Eres corpóreo, no eres un espectro.

SANTIAGO.- Cada cual es muy libre de opinar como desee.

MIGUEL.- No puedo creer en apariciones, soy físico.

SANTIAGO.- Precisamente, los físicos sabéis que no conocemos absolutamente nada sobre el misterio de la existencia, apenas un puñado de ridículas constataciones. Para empezar la gravedad es una onda, me lo enseñaste tú, e ignoramos por completo qué hay alrededor del universo conocido.

MIGUEL.- Estás rejuvenecido, no pareces mi padre, nos tomarían por hermanos.

SANTIAGO.- ¿Qué es el tiempo?, una consecuencia de la gravedad. Estamos hechos de lo mismo que nos separa en este momento a ti y a mí, de materia oscura, y esa materia, que conforma nuestros cuerpos, también está atravesándonos en este instante. Para la materia oscura no hay pasado ni futuro ni presente. También me lo enseñaste tú, antes de retirarme la palabra.

MIGUEL.- No me menciones el trabajo ahora. Hoy es un día especial. Acabamos de volver del hospital. ¡Soy padre! (*Le muestra al bebé.*) ¡Eres abuelo!

SANTIAGO.- No sabía nada. Normal, no nos hablamos. (*Intenta coger al bebé.*)

MIGUEL.- (*Le impide coger al bebé.*) No te hagas ilusiones, no voy a permitirte conocer a tu nieto. He decidido contarle que estás muerto.

SANTIAGO.- Tanta amabilidad me abruma, convertido en un fantasma.

MIGUEL.- (*Toca a su padre.*) ¿No eres un fantasma?

SANTIAGO.- ¿Por qué tienes que catalogarlo todo, cuantificarlo todo y explicarlo siempre todo? La realidad es inaprensible.

MIGUEL.- Tienes que ser un sueño. (*Se pellizca.*) No. ¿Qué eres?

SANTIAGO.- Siempre te hiciste demasiadas preguntas.

MIGUEL.- ¿Qué eres?

SANTIAGO.- Una posibilidad, la oportunidad de que por fin sostengamos la conversación que nunca mantuvimos en toda nuestra vida, una ocasión de oro.

MIGUEL.- No tengo nada de qué hablar contigo.

SANTIAGO.- (*Burlón.*) Hijo mío, pronto compraremos una casa más grande para ti, ahorraremos, nos sacrificaremos para darte lo que tú te mereces.

MIGUEL.- No te mofes de mí.

SANTIAGO.- No me burlo. Ya te lo he dicho antes, todos cometemos el mismo error, modificar nuestra vida y nuestra esencia por el bien nuestros hijos, y lo pagamos carísimo. ¿No me crees? Tienes diez años, en tu colegio han comenzado las vacaciones escolares de Navidad. Te hemos matriculado en un colegio privado, muy por encima de nuestras posibilidades y en las antípodas de nuestra ideología, pero tu madre y yo, que siempre defendimos la educación pública, queremos que tengas una educación privada de primera. Tus compañeros son hijos de empresarios, de artistas, de políticos... eres el único que tiene como padre a humilde profesor universitario. Tu madre y yo estamos entrampados porque nosotros, partidarios de la vivienda pública, hemos adquirido un chalet en una urbanización privada para que tú ganes calidad de vida. (*Chasquea los dedos frente al rostro de su hijo.*)

MIGUEL.- (*Habla y actúa con impronta infantil.*) Quiero ir a esquiar. Todos mis compañeros van a esquiar.

SANTIAGO.- Hijo mío, nosotros no podemos permitirnoslo.

MIGUEL.- (*Con tono y actitud infantil.*) Adelántame mi paga de dos años. Si hace falta trabajaré como marino mercante. Pediré limosna.

SANTIAGO.- Viaje, alojamiento, equipo para esquiar... No podemos afrontarlo.

MIGUEL.- (*En actitud infantil.*) Lo haces para fastidiarme. Te odio. (*Santiago chasquea los dedos frente al rostro de su hijo, que vuelve a comportarse como un adulto.*) ¿Qué has hecho? ¿Me has embrujado?

SANTIAGO.- Ese fue el principio del abismo que nos separa. Estuviste cinco años reprochándomelo. No esquiaste con tus compañeros. El trauma de tu infancia.

MIGUEL.- El trauma de mi infancia no fue ese, sino no tener hermanos.

SANTIAGO.- Voy a hacer tu deseo realidad, vas a tener hermanos. No, va a suceder algo mucho mejor que eso, este pequeño que duerme plácidamente en su cochecito se va a multiplicar por ¿cuatro?, ¿por tres? No seré tan cruel, con dos es suficiente. (*Habla con voz infantil y marea a Miguel.*) Papá, no quiero vestirme con la ropa usada de mi hermano mayor. Papá no quiero tener que cuidar de mi hermano pequeño. ¿Papá, por qué siempre tengo que obedecer a mi hermano? No quiero dormir en la litera de arriba, prefiero la litera de mi hermano. Desde que nació mi hermano ya no me queréis, tendré que marcharme de casa y buscar otra familia. ¿Por qué mi hermano siempre entra al cuarto de baño antes que yo? (*Miguel se tapa los oídos para no continuar escuchando. Santiago recupera su compostura de adulto.*) ¿Hubieras preferido eso?

MIGUEL.- Yo nunca hubiera discutido con mis hermanos.

SANTIAGO.- ¿No me digas? (*Se señala a sí mismo.*) Aquí Santiago Ruíz Omeñaca, natural del planeta Tierra, aquí mi hijo, un extraterrestre.

MIGUEL.- Para ya.

SANTIAGO.- Acabo de recordar otro trauma más de tu infancia.

MIGUEL.- (*Enfadado.*) Yo nunca he tenido traumas.

SANTIAGO.- (*Con voz y actitud infantil.*) Quiero un pantalón de marca. No me gustan esas deportivas, no son de marca. Mi consola no es de la misma marca que la de mis amigos. Por vuestra culpa no

voy a la moda, ninguna chica querrá salir conmigo y mis amigos se reirán de mí.

MIGUEL.- Era un niño, qué esperabas. (*Pausa.*) ¿Tan pesado me ponía?

SANTIAGO.- Espero que no te toque a ti (*señala el cochecito del bebé*) lo que nos tocó a tu madre y a mí.

MIGUEL.- Exageras.

SANTIAGO.- ¿Exagero? (*Burlón.*) No va a pasarme nada por conducir borracho, papá, bebido controlo igual que cuando estoy sereno. No uso preservativo porque no me gusta, papá, no figonees en mi vida, tengo derecho a mi intimidad.

MIGUEL.- La rebeldía es una reacción congénita, es lícito odiar a quienes te reprimen.

SANTIAGO.- ¿Lícito odiar a tus padres? Es difícil para alguien que te siente tuyo no entrometerse en tu vida. A ti te pasará también con él (*señala al bebé que duerme*), para ti siempre será la criatura indefensa que es ahora, y sentirás el incontrolable impulso de protegerle de todo.

MIGUEL.- Opinabais incluso de mis parejas. Es cierto que la novia que tenía antes de conocer a Carla me desestabilizaba, pero era mi pareja y era mi vida.

SANTIAGO.- Es imposible no pretender que nos guste la pareja de alguien a quien consideramos nuestro.

MIGUEL.- (*Miguel mira a Santiago.*) ¡Maricón! Maricón de mierda. Aparta. Me das asco. No me toques, sucio maricón.

SANTIAGO.- Empezamos a meternos en materia.

MIGUEL.- No te acerques a mí.

SANTIAGO.- Veo que tu madre continúa sin asumirlo.

MIGUEL.- Desaparece de aquí, degenerado.

SANTIAGO.- Tienes veintiocho años y todavía no posees ideas propias, repites como un loro los reproches de tu madre.

MIGUEL.- No te metas con mamá. Nunca te perdonaré.

SANTIAGO.- Ya me doy cuenta.

MIGUEL.- La humillaste, te marchaste con un tío.

SANTIAGO.- La abandoné, lo mismo da por quien.

MIGUEL.- No es lo mismo. Si a mí me abandonara Carla por un hombre me dolería, pero si me dejara por una sucia bollera...

SANTIAGO.- Tu madre y yo ya éramos novios en la escuela primaria. Los humanos somos máquinas reproductoras, imitamos lo que observamos a nuestro alrededor. El día que nos casamos ella tenía dieciocho años y yo veinte. Habíamos celebrado nuestro tercer aniversario de boda cuando conocí a un hombre que me conmovió. ¡Un hombre! Para mí fue todo un shock. Descubrí el significado de la palabra amor, y también descubrí que por tu madre sólo sentía cariño. Tú ya habías nacido. ¿Qué hice? Decidí sacrificarme “por ti” y continuar viviendo con tu madre. Expulsé a aquel hombre al que amaba de mi vida. Han trascurrido veintisiete años y todavía me acuerdo de él. Carlos no sabe nada, es tan celoso que no lo entendería. ¿Para qué voy a contárselo? Quiero a Carlos, pero toda mi vida recordaré al hombre al que rechacé por ti.

MIGUEL.- ¿No te avergüenza contarle estas bajezas a tu propio hijo? Eres despreciable.

SANTIAGO.- Mi conducta te parece reprobable, pero la de tu madre, que me convenció para que organizáramos un paripé e hiciéramos creer a los demás que éramos un matrimonio modélico y feliz te parece maravillosa. Me encanta esta sociedad que castiga la valentía pero no la hipocresía.

MIGUEL.- ¿Qué locura estás diciendo?

SANTIAGO.- ¡La verdad! ¿Tu madre, que tantas cosas te ha referido sobre mí, no te lo había contado? Y todavía fue más lejos, cuando le dije que había conocido a Carlos me sugirió que alargáramos nuestro paripé, que continuáramos fingiendo que conformábamos un modelico matrimonio. No le importaba que me acostara con Carlos mientras que lo ocultáramos. Esconder a mi pareja, condenarle a una vida subterránea.

MIGUEL.- Mientes. Calla.

SANTIAGO.- ¿Sabes que tu madre y Carla no congenian?

MIGUEL.- Mentira. (*Pausa.*) Con el tiempo se querrán. Ellas pondrán de su parte.

SANTIAGO.- Aceite y agua no pueden mezclarse. Qué poca sabiduría has extraído de la física. Simplemente se toleran para no disgustarte y porque pasan poco tiempo juntas.

MIGUEL.- Yo lograré que se quieran.

VOZ DE CARLA.- No puedes obligarme a vivir con tu madre.

MIGUEL.- (*A Carla.*) Sólo nos tiene a nosotros, está sola.

VOZ DE CARLA.- Habría podido tener lo que quisiera. No te dejes engañar por su vocación de mártir, le encanta interpretar ese papel de víctima.

MIGUEL.- Soy lo único que tiene, no puedo fallarle.

VOZ DE CARLA.- Nuestro hijo ha cumplido ya diez años, empezamos a recuperar algo de independencia. Ahora no puedes traer a tu madre a vivir con nosotros.

MIGUEL.- No me hagas elegir.

VOZ DE CARLA.- ¿Elegirías a tu madre?

MIGUEL.- Quien sabe.

VOZ DE CARLA.- ¿Quieres que nos separemos?

MIGUEL.- Quiero que todo vuelva a la normalidad. Tú y mamá siempre os habéis llevado estupendamente. ¡Separarse! ¿Qué vocabulario es ese? Cómo se nota que provienes de una familia de divorciados.

VOZ DE CARLA.- ¿De dónde provienes tú?

MIGUEL.- Mi madre es viuda, (*a Santiago*) yo no tengo padre.

SANTIAGO.- (*Se alza en pie y se enfrenta con Miguel. Muda su voz, a la que confiere un tono infantil.*) Papá, tengo que darte una noticia, me marcho a vivir con mis hermanos los Hare Krishna. Reparé mi cabeza, vestiré una túnica naranja y recorreré el mundo predicando el mensaje de nuestro líder supremo.

MIGUEL.- No digas disparates, hijo mío, es imposible que... Tú no sabes hablar, aún no hablas, eres un bebé, estás en tu mantilla. (*Mira la mantilla.*) ¡Está vacía!

SANTIAGO.- (*Inicia una lenta salida de escena.*) Han transcurrido muchos años desde que era un bebé. Ahora soy mayor de edad. (*Canta y baila.*) Hare Krishna, Hare Krishna.

MIGUEL.- El tiempo no ha transcurrido, tú eres mi niño.

SANTIAGO.- (*Continúa su cómica salida de escena.*) Tú ya no eres mi padre. Mi única familia son mis hermanos espirituales. Hare Krishna.

MIGUEL.- Hijo mío, ¿pretendes matarme de un disgusto? Abróchate los cordones de los zapatos, te vas a abrir la cabeza.

SANTIAGO.- Nunca más volverás a tener noticias mías. (*Sale.*)

MIGUEL.- (*Deambula confuso por la habitación. Se dirige al sofá. Se sienta. Se tapa los ojos con las manos. Se convulsiona, mueve la cabeza de un lado a otro en un estado de sobreexcitación.*) No puede ser, hijo mío, no puedes hacerme esto. Hare Krishna. Esto no puede sucederme ¡A MIII!



(*Se despierta. Anonadado, observa el salón. Se toca. Se apresura a ver a su hijo, que duerme plácidamente.*) ¡Maldita pesadilla! (*Mece el cochecito del bebé.*) Hijo mío, no te puedes figurar lo que he soñado. Duerme, cariño. Alguien está introduciendo una llave en nuestra cerradura, oigo que nuestro cerrojo se descorre. Mamá ha regresado. ¡Carla! ¿Ya estás en casa?

*Reaparece Santiago, visiblemente envejecido. Lleva gafas.*

MIGUEL.- ¡Papá! ¿Qué haces aquí?

SANTIAGO.- Carla vino a casa a buscarme. Ella quiere que tú y yo hablemos... a solas. (*Camina cojeando. Se dirige al sofá y se sienta.*) Se ha quedado en la cocina.

MIGUEL.- No tengo nada de qué hablar contigo, pero puedes sentarte.

SANTIAGO.- Vamos progresando, la última vez me echaste de tu despacho a empujones.

MIGUEL.- No voy a permitir que toques a tu nieto, y (*gritando hacia donde se supone que se encuentra Carla*) tampoco se va a llamar Santiago. Puedes mirarlo (*muestra el bebé a su padre*) de lejos.

SANTIAGO.- Absolutamente de acuerdo contigo, hijo, no quiero tocarlo. Si tiene que salirte maricón prefiero no ser yo quien le contagie.

MIGUEL.- Yo no dejé de hablarte porque seas... eso te lo inventas tú para justificarte, para pasar por un adalid de la libertad y hacerme quedar a mí por un retrógrado. Sabes de sobra por qué dejamos de hablarte.

SANTIAGO.- De-ja-mos. El día que manifiestes una opinión independiente de las de tu madre me quedaré petrificado por la sorpresa.

MIGUEL.- No deberías haber robado aquel dinero en el Ministerio.

SANTIAGO.- No robé ningún dinero cuando fui subsecretario.

MIGUEL.- Papá...

SANTIAGO.- Tu madre inventó esa ridícula historia para separarte de mí.

MIGUEL.- Todo el mundo conoce esa historia.

SANTIAGO.- El motivo por el que nos distanciamos no fue ese, sabes perfectamente por qué dejaste de hablarme. *(Pausa.)* Nadie pudo probar nada.

MIGUEL.- Dejé de hablarte por eso.

SANTIAGO.- Qué más da. Si no existiera esa causa te enfrentarías a mí por cualquier otro motivo, es ley generacional.

MIGUEL.- Deja de decir patrañas.

*Se escucha el bramido de otro tren.*

SANTIAGO.- Ha muerto, hijo. Me lo contaron hace una semana.

MIGUEL.- ¿Quién ha muerto?

SANTIAGO.- Aquel hombre. El hombre al que abandoné por ti hace veintisiete años. ¿Qué sentido habrá tenido mi existencia el día en que yo muera también? Cuando Carla ha venido a buscarme y me ha contado que había nacido el niño... Necesito quereros a ti y a ese niño y saber que me queréis. No es cultural lo que me ata a vosotros, es una necesidad biológica.

MIGUEL.- Mi hijo no crecerá a tu lado, ¡corrupto!

SANTIAGO.- *(Observa a su nieto.)* Este niño está mirándome con complicidad. Parece que se alegra de que su abuelo sea ma-ri-ca. *(Estupor de Miguel, que se asoma al cochecito para examinar a su hijo.)* Compruébalo por tí mismo, está haciéndome guiños.

MIGUEL.- *(Observa al bebé. Solloza.)* ¿Crees que será maricón?

SANTIAGO.- No te lo tomes en serio, hijo mío, ha sido una chiquillada por mi parte.

MIGUEL.- Míralo bien. Sé sincero. Tú entiendes de esas cosas. ¿Tiene ojos de maricón?

SANTIAGO.- (*Inicia su salida de escena.*) Sólo era una broma, vamos, tranquilízate.

MIGUEL.- (*Persigue a su padre, que huye.*) Vamos, dime la verdad. ¿Crees que será maricón? Míralo bien. (*Coloca al niño bajo los ojos de su padre.*)

*Santiago observa a su nieto. Asiente, dando palmadas en la espalda de su hijo para consolarlo.*

MIGUEL.- ¿También será maricón?

SANTIAGO.- Hijo mío, cálmate (*señala al público*), estás haciendo el ridículo. Un poco de compostura.

MIGUEL.- (*Mira al público confundido. Por un instante se avergüenza de su actitud, pero inmediatamente vuelve a perseguir a su padre sollozando.*) No me engañes, dímelo, ¿también será maricón?

*Sale Santiago y su hijo tras él. La luz baja gradualmente.*

OSCURO

TELÓN





